

Leg 11- paquete 10

h. 54  
864

# LA MUERTE DE LUCRECIA.

CUADRO TRÁGICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**LEOPOLDO CANO MASAS.**

Representado por primera vez en el Teatro de Calderón de la  
Barca de Valladolid en la fiesta literaria y artística celebrada  
en la noche del 29 de Setiembre de 1884.

PRIMERA EDICIÓN COSTEADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO COMO  
DEMOSTRACIÓN DE GRATITUD Á SU AUTOR.



VALLADOLID:  
IMPRESA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL,  
**de Hijos de J. Pastor.**

CANTARRANAS 26.  
UVA. BHSC. LEG. 11-1 n°0864  
1884.

32

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

HTCA

U/Bc LEG 11-1 n°864



1>0 0 0 0 2 9 6 1 8 5

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

# LA MUERTE DE LUCRECIA.

CUADRO TRÁGICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**LEOPOLDO CANO MASAS.**

Representado por primera vez en el Teatro de Calderón de la Barca de Valladolid en la fiesta literaria y artística celebrada en la noche del 29 de Setiembre de 1884.

PRIMERA EDICIÓN COSTEADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO COMO DEMOSTRACIÓN DE GRATITUD Á SU AUTOR.



VALLADOLID:  
IMPRENTA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL,  
**de Hijos de J. Pastor.**  
CANTARRANAS, 26.  
1884.

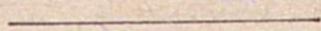
U. N. A. BHSC. LEG. 11-1 n° 0864

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

Á LA EXCMA.  
CORPORACIÓN MUNICIPAL  
DE VALLADOLID.



Este es un ramo de silvestres flores  
que hallé, de niño, en tierra castellana  
teñidas del color de la vergüenza  
al pié del rollo y cerca de una estatua.



Con sangre de los mártires nutridas  
crecieron tristes, derramando lágrimas;  
entre ellas va mi honrado pensamiento;  
protéjale el escudo de mi pátria.

**Leopoldo Cano.**

# REPARTO.



## PERSONAJES.



## ACTORES.



<i>Lucrecia.</i> . . . . .	SRA. ARGÜELLES.
<i>Lesbia.</i> . . . . .	STA. ROMERO.
<i>Glauca.</i> . . . . .	SRA. GUERRA.
<i>Lucio Junio Bruto.</i> . . . . .	SR. BUENO.
<i>Séptimo Lucrecio.</i> . . . . .	» VALERO.
<i>Colatino.</i> . . . . .	» PEÑA.
<i>Un Edil.</i> . . . . .	» NEIRA.
<i>Publio Valerio.</i> . . . . .	» BENAVIDES (D. JUAN.)

*Lictores.*

La escena es en Colacia, morada de Lucrecia y Colatino, situada en los alrededores de Roma.

*(Año 509 antes de Jesucristo.)*



## ACTO ÚNICO.

Habitación de Lucrecia en Colacia. A la derecha, en primer término una puerta y, en segundo, un lecho de la época. A la izquierda, otra puerta y una ventana. En el foro la puerta principal del atrio. Un ara delante de una estatua de los Penates; una pánoplia; un tripode y sillas.

Todo dispuesto como lo está en el célebre cuadro de Rosales titulado: LA MUERTE DE LUCRECIA.

### ESCENA I.

**Lesbia**, mirando por la puerta de la derecha. Después **Lucio Junio Bruto**.

LES. ¡Allí está triste, sombría,  
imponente, muda, airada  
como la nube siniestra  
que en las tormentas se rasga  
para dar á luz el rayo  
que la quema las entrañas!  
¡Lucrecia! Casta matrona,  
pura flor embalsamada  
que, en manos de la impureza,

como de dos malhechores  
 ladrones de oro... ó de fama,  
 mientras vibran en mi oído  
 estas frases que me espantan:  
 «Mi amor triunfó de su orgullo;  
 »de su hermosura mi audacia.»  
 Esas palabras denuncian  
 toda una historia de infamia;  
 y cuando, loco de enojo,  
 lanzando un grito de rabia  
 quiero sepultar mi hierro  
 en la maldita garganta  
 del que pregona esa afrenta,  
 la luz sangrienta del alba  
 alumbraba sobre su frente  
 una diadema, cuajada  
 de perlas, que á los reflejos  
 resplandecen como lágrimas.  
 ¡Era Sexto, el heredero  
 de esa hiena coronada  
 que deja un charco de sangre  
 adonde imprime la planta!

LES. ¿Y bién?

BRU. Solo dos mujeres  
 en los lares de Colacia  
 pudieron deshojar flores,  
 de la impureza en el ara;  
 la esposa de Colatino  
 y tú, Lesbia: ¿entiendes?

LES. ¡Calla!  
 Si con sospechas me ofendes,  
 ¿por qué de amores me hablas?  
 Pronto has de saberlo todo.



recorre vías y áreas;  
y, en las Termas, en el Foro,  
y en todas partes, proclama  
que, sobre esta casa, el crimen  
tendió las siniestras alas.

BRU. ¡Eso es pregonar la afrenta!

LES. Así Lucrecia lo manda.

Vete al punto, y torna presto  
que el corazón nunca engaña;  
y el mío, con rudo embate,  
algo terrible presagia.

BRU. Al pie de un trono sangriento  
yace Roma aletargada;

mas, si mi acento iracundo  
consigue excitar su saña,  
ha de despertar rugiendo  
como el huracán del Atlas.

(Entregando á Lesbia su anillo.)  
Conserva, Lesbia, este anillo  
que te pediré ante el ara.

Fué de mi padre y recuerda  
una estirpe soberana  
que me ha dejado el terrible  
legado de una venganza.

LES. Parte, Junio.

BRU. Pronto vuelvo.

si me sigue un pueblo en armas.

¡Sinó,... acuérdate del pobre  
demente que te adoraba!

(Vase por la puerta del foro.)

## ESCENA II.

**Lesbia.**

Ya se aleja..... Tengo miedo.  
 Este silencio me espanta.  
 Pronto vendrá Colatino,  
 Nada se oye..... ¡Cuánto tardan!

## ESCENA III.

**Lesbia y Lucrecia.**

- LUC. (Dentro.) ¡Lesbia! ¡Socorro!
- LES. ¡Es ella!  
 (Sale Lucrecia por la derecha manifestando grande agitación y como huyendo de un ser invisible.)
- LUC. ¡A mí!
- LES. ¡Ten calma!
- LUC. ¡Allí estaba..... enroscada sobre el lecho  
 de blancas azucenas adornado!
- LES. ¿Qué ha sido?
- LUC. ¡Una serpiente! ¡Aquí... en mi pecho  
 imprimió un beso aleve, torpe, helado!
- LES. ¿Dónde está?
- LUC. (Con vaguedad.) ¿Qué se yo? Dentro del alma.
- LES. ¡Espantoso delirio!
- LUC. *UVA. BHSC. LEG. 11.1 n°0864*  
 ¡Calla! ¡Calla!
- LES. Vuelve en tí.

LUC.

Ya resuena

el bélico estridor de la batalla.....

El foso de cadáveres se llena  
y, en un lago de sangre generosa,  
avanza Colatino á la muralla.

¡Qué furioso tropel!... Ese rugido  
es el grito de guerra prorrumpido  
por el guerrero rudo  
que nunca cede y, si se siente herido  
en el pecho desnudo,  
muere de pié y, al desplomarse yerto,  
cae sobre el escudo  
de su enemigo muerto.

¡Allí vá! Ancho camino  
en un bosque de hierro abre su espada.

¿Quién es ese guerrero  
que subió á la muralla aportillada  
de todos el primero?

¿Es el dios iracundo de la guerra?

¡No!... ¡Es él! ¡Es él! Mi esposo... Colatino.

LES.

¡Lucrecia!

LUC,

(Exaltándose poco á poco.) ¡Si, yo soy! Ven, dueño amado,

en alas de tu gloria;

que, al cortar el laurel de la victoria  
para adornar tu frente,

he visto entre las flores enroscado  
un áspid venenoso

con la mirada ardiente.

¡Acude! Ven; que el lecho del esposo  
ha sido profanado.

El áspid <sup>UVA. BHSC LEG.11-1 nº0864</sup> ha subido

traidor y cauteloso,

y la casta matrona, desolada,

al oír el silbido  
 del reptil alevoso,  
 se halló de torpes lazos rodeada  
 al pálido fulgor de la alborada!  
 ¡Acude, Colatino idolatrado,  
 veloz como la idea!...  
 Ya, en ráudos giros, arrebatada el viento  
 de la cuadriga el abrasado aliento.  
 ¡Colatino!... ¡Su espada centellea!...  
 Miradle..... ¡Ya ha llegado!  
 ¡Pero es muy tarde! El áspid me ha mordido,  
 y el esposo ofendido,  
 al ver sobre su lecho amancillado  
 mi cadáver helado,  
 con furia pisotea  
 el lauro inmarcesible del soldado.

LES. ¡Delira!

LUC. (Señalando.) ¡Mírale! ¡Pronto, una espada!

LES. ¡Vuelve en tí!

LUC. ¡Colatino!... ¡Allí!... Ya es tarde.

¡Huyó el áspid cobarde  
 y me ha dejado el alma envenenada!

¿Oyes esa espantosa carcajada?

Esa es la plebe; y con placer salvaje  
 se burla de mi ultraje.

LES. ¡Lucrecia infortunada!

LUC. Véngate de esa turba despiadada,

que yo reirme quiero.

Ja! ja! ja! ja!

(Lanza una carcajada histérica y cae desvanecida sobre  
 una silla.)

LES. ¿Qué tienes? *LEY. LEG. 11-1 n° 0864*

LUC. (Transición.) ¡Que... me... muero!  
 (Queda inmóvil por un momento.)

LES. ¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Lucrecia!... ¡No me mira.  
y su mano está helada!...

Nadie acude..... ¡Parece que respira!...

¡Salvad á esta mujer infortunada!

¡Oh, dioses! Mas ¿qué digo? ¿No es locura  
desearla la vida?

Si en el mundo se sufre y no se olvida,  
¿qué más próspera suerte  
que dormir en los brazos de la muerte?

LUC. (Volviendo en si.) ¡Ay de mí!... ¡Tú?...

LES. Yo soy... Lesbia, señora,  
que teme por tu vida.

LUC. ¿Tú, traidora!

¿Tú deseas que viva? ¡Si, tú eres!

¿Cuántos sextercios quieres  
por tu llanto fingido?

LES. ¿No me conoces?

LUC. Si. Te he conocido,  
Lesbia. ¿Qué otra mujer desearía  
prolongar mi existencia y mi agonía  
sinó la que ha vendido  
la honra de mi esposo y mi decoro,  
como vil mercancía,  
por un puñado de oro?

LES. No es cierto. Te lo juro.

LUC. ¡Si el liviano  
te hubiese dado el oro enrojecido,  
contestaría tu abrasada mano  
al lábio fementido!

¿Dónde estabas anoche? ¿No has oído  
mi <sup>UVA BHS CFC 11-1 n°0864</sup>acento desolado  
que imploraba socorro?

LES. No. Dormía

con un sueño penoso y obstinado,  
(acaso por un filtro producido)  
que imágen de la muerte parecía.

LUC. ¡Un filtro?... ¡Un sueño?... ¡Inoportuno ha sido  
tu sueño inesperado!

¡Para cuidar mi honra, te has dormido!

¡Para ver mi desdicha, has despertado!

LES. Reprime tus enojos

y escúchame un momento.

(Ofreciendo á Lucrecia un puñal que coge de la panoplia.)

Toma este hierro. Mátame si miento,  
y moriré sin exhalar un grito.

LUC. Habla, sí; pero mírame á los ojos,  
que quiero ver si leo

en el fondo del alma tu delito;

mas no así. ¡De rodillas, como reo!

(La coge un brazo obligándola á arrodillarse.)

LES. ¡Piedad!

LUC. ¡No la merece tu impudencia!

Piedad, al que ha ofendido,

inspira el criminal arrepentido,

pero no cuando encubre su semblante

la máscara falaz de la inocencia.

(Lesbia estiende las manos hácia Lucrecia como imploran-  
do perdón.)

¿Qué es esto? ¡Maldición! ¡Oh! ya es en vano  
el torpe fingimiento.

¿Quién te ha dado esa joya?

(Por el anillo que Bruto dió á Lesbia.)

LES. ¡Fué mi amante!

LUC. ¿Y tienes por amante un soberano!

LES. ¡Oh, qué funesto error!

LUC. Pues has mentido

y el crimen dejó huellas en tu mano,

lee sobre ella tu sentencia, escrita  
 en la imágen maldita  
 grabada en ese anillo. Eres culpable.  
 (Coge el puñal y la amenaza. Lesbia forcejea por desasirse.)  
 ¡Vas á morir!

LES. (Gritando.) ¡Socorro!

LUC. ¡Me has vendido!

LES. ¡Favor!

LUC. ¡Calla!

LES. ¡Piedad!

LUC. ¡No la has tenido  
 de mí!

GLAU. (Dentro.) Lesbia!

LUC. (Aparte á Lesbia.) ¡Silencio, miserable!  
 Vete.

(Vase Lesbia por el foro.)

## ESCENA IV.

### **Lucrecia y Glaucia.**

GLAU. ¿Qué ocurre? Un grito penetrante  
 oí desde la vía y, alarmada,  
 he llegado hasta aquí, Lucrecia amiga.

LUC. ¡Amiga!

GLAU, Dí; ¿qué ha sido?

LUC. Que esa esclava  
 me ofendió y castigaba su insolencia.

GLAU. Perdónala.

LUC. ¿Perdon!... ¿Dónde ibas Glaucia?

GLAU. Al circo, adonde acude Roma entera.

LUC. Roma jamás de sangre se vé harta.

GLAU. Hoy se trata de un acto de justicia que la vindicta pública reclama.

LUC. ¡La justicia! Esa rígida matrona se ha trocado en impura mercenaria y, envuelta en los girones del decoro, ofrece su hermosura á quien la paga. ¡Justicia... en Roma? Para que los dioses impusieran castigo á vuestra infamia, era preciso que de cien volcanes subiera al cielo incandescente lava y, sobre Roma, con horrible estrago descendiera en hirviente catarata. Y ¿quién hace justicia en Roma? Dime.

GLAU. Pues qué, ¿lo ignoras?

LUC. Si lo sabes, habla.

GLAU. Tarquino el Grande.

LUC. ¡El grande?

GLAU. Mucho.

LUC. ¡Mucho?

¿No cabrá en un sepulcro el *gran* monarca? (Pausa.)

Alma implacable, corazón helado,  
la faz cubierta de impasible máscara  
mientras surgen del mar de las pasiones  
hirvientes olas que rugiendo estallan,  
ese pigmeo, que á gigante aspira,  
de torvos ojos y de frente pálida,  
al resplandor siniestro de la hoguera  
y entre el rudo estridor de cien batallas,  
bajo el régio dosel de Servio Tulio  
rodeado de impuras cortesanas,  
yace entre flores, como sierpe aleve,  
hollando perlas y arrancando lágrimas.

Es Tarquino el Soberbio, es un tirano.....

¡y Roma le merece, pues le aguanta!

GLAU, ¡Deliras!

LUC. ¡Pobre Roma! Era un coloso  
á cuyos piés el mundo se postraba  
cuando, ciñendo la triunfal diadema,  
sobre carne enemiga clavó el águila,  
¿Qué nos queda de Roma? Sólo ruinas  
en un lago de sangre, donde se alza  
fatídico y soberbio el Capitolio,  
porque un rayo del cielo no le abrasa;  
y aquí, dentro del muro, un regicida  
que ciñe la diadema consagrada  
y un enjambre de histriones y rameras  
que se duermen exánimes de crápula,  
¡hasta que el extranjero les despierte  
escupiendo en su frente sonrojada!  
¡Roma no es el gigante cuya sombra  
se extendía del Indus hasta el Atlas;  
es el árbol caduco que se muere  
porque tiene roidas las entrañas!

(Se oye como una explosión de gritos lejanos y toque de clarines.)

GLAU. Escucha. En el vecino Anfiteatro  
vá á correr un raudal de sangre humana.

LUC. ¿Por qué razón?

LUC. Ante el Senado, un siervo  
que vestía la clámide de Esparta,  
denunció á la familia de un patricio.

LUC. ¿Cuál fué el delito?

GLAU. *UVA. BHSC. LE 0186* Mutilar la estatua  
de la mujer del rey.

LUC. ¿Y ese es un crimen

que merece la muerte!

GLAU. El rey lo manda.

LUC. ¿Todos fueron culpables?

GLAU. Uno solo.

LUC. ¡Y toda una familia es inmolada?

GLAU. Ya hicieron la señal. Pronto en la arena.  
lucharán con dos hienas de las Galias.  
Un gladiador, por orden de Tarquino,  
con sangre fresca roció la jaula.

LUC. ¡Sangre? (Estremeciéndose.)

GLAU. Sí; de los restos palpitantes  
de una res que, indefensa, fué inmolada  
para que, ante esa víctima, en las hienas  
los salvajes instintos despertáran.

LUC. Vete. (Pensativa.)

GLAU. ¿No vienes?

LUC. No.

GLAU. Volveré pronto.  
¿He de verte?

LUC, (Sombria,) Es posible..... si no tardas.  
(Vase Glauca por el foro.)

## ESCENA V.

### **Lucrecia.**

¡Por mutilar una mujer de piedra  
vá á desaparecer toda una raza  
y eso que era incestuosa y parricida  
la que en el mármol duro fué adulada!  
¿No vale más que un risco un sér que alienta?

¿Una matrona, es menos que una estatua?  
 ¡Mayor castigo mereció el aleve  
 que ultrajó mi pureza inmaculada!  
 Mas ¿quién me hará justicia si el Senado  
 ante Tarquino su decoro arrastra?  
 ¡Pueblo romano! ¿Cómo tu justicia  
 ha de llegar al sólio del monarca  
 si hoy vaga impune el malhechor cobarde,  
 liberto vil, encubridor de infamias?  
 ¿Dónde hallar un verdugo para Sexto?  
 ¿Dónde una hiena?... (Se oye el rumor del pueblo que  
 está en el Anfiteatro.) ¡Oh, rayo de esperanza!  
 ¡Clamores de alegría ante la sangre?  
 ¡Sí: ya tengo el verdugo que buscaba!  
 Esa plebe feroz que al circo acude;  
 esa será mi hiena sanguinaria.  
 ¡Sí! ¡El pueblo que con sangre se divierte,  
 solo para verdugo se prepara!  
 Tarquino dió el ejemplo. Sangre fresca  
 riegue el cubil donde la fiera aguarda.  
 ¡Yo, pidiendo esterminio, ante la plebe  
 con sangre mia regaré la pátria!  
 (Vase por la derecha.)

## ESCENA VI.

**Lesbia**, por la izquierda; después **Junio Bruto**.

LES. Ya se aleja. Es necesario  
 abandonar esta casa.  
 ó morir como culpable

con la inocencia en el alma.

Es estéril sacrificio

¡Huyamos!

(Se dirige hácia el foro por donde llega precipitadamente

L. Junio Bruto.)

BRU. ¡Lesbia!

LES. ¿Tu?

BRU. Calla

y escucha, que el tiempo vuela  
y la traición amenaza.

Al llegar cerca del puente  
que sirve á Roma de entrada,  
arrojé un *as* á un mendigo  
que al caballo se avalanza,  
rogando que me detenga  
con el gesto y la mirada.

«Favor por favor—me dice:—

»Vuelve y á Roma no vayas.»

—«¿Por qué?—Porque allí te esperan»

«la segur ó las ergástulas.»

LES. ¿Eso dijo?

BRU. Y no mentia  
el buen viejo.

LES. Pues ¿qué pasa?

BRU. Hippias, esclavo de Sexto  
y cómplice de su infamia,  
públicamente en el Foro  
me delató á la hora octava.

LES. ¿Y, te acusa?

BRU. De adulterio

con Lucrecia. *UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

LES. ¡Horrible trama!

BRU. Ha probado, que de noche

- suelo venir á Colacia  
y vuelvo cuando la aurora  
las sombras, curiosa, rasga.  
Dijo que esa puerta se abre.....
- LES. Pero esas pruebas no bastan.
- BRU. Un esclavo de Lucrecia  
las proporcionó más amplias.
- LES. ¿Seyo?
- BRU. Sí.
- LES. ¡Traidor!
- BRU. No. Siervo  
que, la esclavitud degrada.  
Las cadenas le doblegan  
y por el fango se arrastra.
- LES. Mas yo diré que te amo,  
y Lucrecia.....
- BRU. ¡Desdichada!  
Nada espere la inocencia  
del que escucha al que delata.  
Mas ¿Lucrecio y Colatino...?
- LES. Aun les espero.
- BRU. Ya tardan.  
Mas no importa.
- LES. ¿Qué pretendes?
- BRU. Pues no hay justicia, ¡venganza!  
Ya es tiempo de que lo sepas.  
Antes que la sombra opaca  
envuelta como un sudario  
los despojos de mi pátria,  
si aun queda vergüenza en Roma  
y mis planes no fracasan,  
elegirá la victoria  
entre un pueblo y una casta.

Por esa via Latina

(Señalando por la puerta del foro hacia la derecha.)

acude gente con armas.

Son mis amigos.

LES. (Desde el foro.) Es cierto.

¡Oh cielos!

BRU. ¿Y bien! ¿Qué? ¡Acaba!

LES. Mira. Un tropel de lictores

por ese camino avanza;

y, más cerca, una litera.

¿Vendrán á prenderte?

BRU. ¡Oh, rábía!

LES. ¡Huye, Junio!

BRU. Al quedarme, huyo.....

LES. ¿De la muerte?

BRU. De la infamia.

Cada cual huye á su modo

de lo que más le acobarda.

Aquí convoqué á mis siervos

y hermanos en la desgracia

y han de hallarme muerto ó vivo.

LES. ¡Por mi amor! (Suplicante.)

BRU, No.

LES. ¡Por mi pátria!

BRU. Con martirios se la ilustra.

LES. Con victorias se la salva. (Con brio.)

Huye de muerte sin gloria.

Roma opresa lo demanda.

¡Las mujeres, al martirio;

los hombres á la batalla!

¡Vete!

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

BRU ¡Cerrado está el paso!

LES. ¡Por allí hay salida franca! (Señala hácia la ventana.)

BRU. ¿Huir!...

LES. ¡Para triunfar!

BRU. ¡Sea! (Salta por la ventana.)  
(Séptimo Lucrecio llega por el foro y vé salir á Bruto.)

## ESCENA VII.

### **Lesbia y Séptimo Lucrecio.**

SEP. (Aparte.) ¡Un hombre á la via salta  
al verme llegar?

LES. (Aparte.) ¡El padre  
de Lucrecia!

SEP. ¿Qué haces?

LES. Nada.

SEP. (Aparte.) ¿Se ha turbado!

LES. (Aparte.) ¿Le habrá visto?

SEP. ¿Qué sucede en esta casa?  
Lucrecia me manda aviso  
de que ocurre una desgracia,  
y, al llegar, veo que un hombre  
huye por esa ventana. (Señala hácia la de la izquierda.)  
¿Quién era?

LES. Mi prometido.

SEP. ¿No mientes?

LES. No.

SEP. Poco te ama  
el que huye, como culpable,  
teniendo la puerta franca.  
Quién es él?

LES. Es Lucio Junio.

SEP. No en vano por loco pasa  
el que se roba á sí propio  
y del crimen se acobarda.  
¿Dónde está Lucrecia?

LES. Mira. (Señala hácia la puerta  
primera derecha, por la cual sale Lucrecia.)

SEP. Véte, Lesbia.

LES. Escucha...

SEP. ¡Basta!

Por aquí puede entrar honra; (Señala hácia la puerta  
del foro.)

por allí salió tu fama. (Señala hácia la ventana.)

## ESCENA VIII.

### Séptimo Lucrecio y Lucrecia.

LUC. ¡Padre mio!

SEP. ¡Lucrecia de mi vida!

¿Qué sucede en Colacia? Aquí me tienes.

LUC. Delante de mi esposo Colatino  
te debo responder únicamente.  
Muy pronto ha de llegar.

SEP. Pero entretanto....  
¿por qué no has de decirme lo que sientes?  
¿Por qué brilla una lágrima en tus ojos  
y tu frente divina palidece?

LUC. ¿Crees en la otra vida, padre mío?

SEP. ¡Cuán extraña pregunta! ¿Tú no crees?

LUC. Dicen que existe una región serena,  
en medio de ese espacio transparente,

adonde vá el perfume de las flores,  
 donde los ecos del suspiro ascienden  
 flotando en los espléndidos celages  
 que, pródigo, ilumina el sol naciente;  
 que, allí, el rumor dulcísimo de un beso  
 entre vapor de lágrimas se pierde  
 y, en olas de armonía, vaga el alma  
 si de la vil materia se desprende.

¿Crees en esa vida del espíritu,  
 eterna y sin dolor, en la que puede  
 un alma con otra alma confundirse  
 en éxtasis sublime para siempre?

SEP. Sí. Lucrecia. La vida de este mundo  
 de la partida es el instante breve.

¡Es la ola gigante que, á la orilla,  
 llega altanera, magestuosa y fuerte;  
 y, al encontrar un átomo de arena,  
 se transforma en espuma y desaparece!

LUC. Y, sin embargo, padre, todo acaba...  
 Vida tuvo, algún día, el polvo inerte.  
 La flor hermosa exhala su perfume  
 y, en las ondas del aura, desfallece;  
 herida por el dardo, se desploma  
 el águila que mira al sol de frente;  
 y, el árbol secular de la llanura,  
 al rudo embate de tormenta cede;  
 la montaña, coloso de granito,  
 hecha pedazos rueda en las vertientes  
 y sepulta las razas y los pueblos  
 y hasta las sepulturas de los seres.  
 Arcos triunfales, urnas cimerarias,  
 templos y anfiteatros, todo muere,  
 y de la eternidad en el abismo,

---

la gloria y el amor se desvanecen.

SEP. ¿Y por qué esas preguntas?

LUC. ¡Padre mío!

Tengo... el presentimiento de la muerte.

SEP. ¡Morir en el albor de la existencia?

¡Qué sería de mí!

LUC. (Aparte.) ¡Cielos, valedme!

SEP. En medio del desierto de la vida,

luchando con el Ábrego inclemente,

¡que sería del tronco carcomido

si muriese la hiedra que le envuelve?

LUC. (Aparte.) ¿Cómo contarle mi desdicha ahora?

SEP. ¿No eres feliz...? ¿Tu esposo no te quiere?

LUC. Si, padre.

SEP. ¿Tú, no le amas?

LUC. ¡Si le quiero?...

Oye como nació mi amor ferviente.

Libre, como ese viento perfumado

que arrebató á las flores su fragancia;

alegre el corazón y descuidado,

con la felicidad de la ignorancia,

te dedicaba, padre idolatrado,

en los breves instantes de la infancia

los primeros halagos del cariño,

tiernas primicias del amor del niño!

Cuando la soledad de mi retiro,

la noche entre sus alas escondía,

vagos como los ecos de un suspiro,

ténues como el primer albor del día,

cruzar revueltos en extraño giro

con los ojos del alma distinguía 1 n°0864

cuerpos sin forma, ensueños seductores

pintados con suavísimos colores.

Y cuando, al resplandor de la mañana  
 surcaban el espacio sonriente  
 caprichosos celages de oro y grana,  
 desaparecía sigilosamente  
 aquel ensueño como sombra vana  
 y, tornando en mi acuerdo lentamente,  
 sentía dilatarse en torno mío  
 el piélago insondable del vacío.  
 Era una tarde; el sol desde el ocaso  
 besaba la corola de las flores;  
 un hombre apareció; detuvo el paso;  
 me habló de mi belleza y sus amores;  
 y, al resplandor del fuego en que hoy me abraso,  
 dibujado con mágicos fulgores  
 ví flotar en sus ojos halagüeños  
 el hermoso fantasma de mis sueños.  
 La idea del amor, por vez primera  
 surgió del alma misteriosamente  
 y como flor que arranca, en la pradera,  
 el dulce halago del albor naciente  
 al candor de la vírgen primavera,  
 aquella idea germinó en la mente  
 y con la esencia de mi sér nutrida,  
 creció en la primavera de mi vida!

SEP. Pues si le amas así y eres dichosa,  
 ¿por qué con sombras se nubló tu frente?

LUC. Si hay otra vida, padre, y son viajeros  
 los que cruzan el mundo en tiempo breve;  
 si morir es llegar, ¿por qué entre lágrimas  
 el polvo miserable al polvo vuelve?

SEP. ¡Lucrecia!

LUC. ¿Me amas mucho, padre mío?

SEP. ¿Eso preguntas? ¿Cómo no quererte,

si hasta el sol te contempla enamorado,  
 el aura te acaricia dulcemente  
 y la noche solloza entre las flores  
 cuando la aurora se sonríe al verte?  
 ¡Hija mía!

LUC. ¿Recuerdas de mis nupcias,  
 aquel día tan triste y tan alegre  
 en que todos llorabais sonriendo  
 y mi madre lloraba amargamente?

SEP. ¡Oh! ¡Sí!

LUC. Apartando la nupcial corona  
 é imponiendo tus manos en mis sienes,  
 me dijiste: «Sé honrada, que á su honra  
 »sobrevivir una mujer no debe.»  
 ¿Recuerdas?

SEP. Sí

LUC. ¿Y aún piensas de ese modo?

SEP. ¿Cómo puedes dudarlo? Las mujeres,  
 lo mismo que las flores del pantano,  
 cuando pierden su aroma, al lodo vuelven.  
 Pero ¿á qué recordarme esas palabras?

LUC. Ya lo sabrás cuando mi esposo llegue.

SEP. ¡Oh, qué sospecha! ¿Acaso?...

LUC. No prosigas  
 que tus preguntas pueden ofenderme.  
 Jamás un pensamiento vergonzoso (Lentamente).  
 mi espíritu agitó.

SEP. Pues honra tienes,  
 ven á mis brazos.... Vamos; ¿te he ofendido?  
 (Quiere abrazarla y Lucrecia le rechaza conmovida).

LUC. (Aparte). ¡Desdichada de mí!

SEP. UVA. BHSC. ¿Sig. duda? ¿quieres  
 que te pida perdón?

LUC. ¡Padre del alma!

Necesito estar sola... No te alejes,  
pues has de autorizar con tu presencia  
un acto triste, público y solemne.

SEP. Un abrazo.

LUC. No, padre.

SEP. ¿Le rechazas?

LUC. Sí

SEP. ¿Por qué causa?

LUC. Quiero... merecerle.

(Vase por la derecha llorando.)

## ESCENA IX.

### Séptimo Lucrecio.

¿Qué misterio denuncia su tristeza?  
¿Por qué habló de su amor, de honra y de muerte?  
¿Por qué no me abrazó? ¿Será culpable?  
¡No lo puedo creer! Ella no miente,  
y juró que era honrada... ¡Ay del que fía  
en la fragilidad de las mujeres!  
(Lesbia sale apresuradamente por el foro.)

## ESCENA X.

Dicho, **Lesbia**, un **Edil**, y **Lictores**.

LES. ¿Lucrecia!

SEP. <sup>UNA BHSCLC 111120864</sup> ¿Dónde vés, Lesbia?

¿Qué sucede?

LES. ¿Qué se yo!

¡Quieren prenderla!

SEP. ¿A mi hija?

¿Has perdido la razón?

LES. ¡Pronto! ¡Huye con ella!

SEP. ¡Nunca!

(Llegan por el foro un Edil y dos Lictores.)

LES. ¡Mírales!

SEP. ¿Soñando estoy!

¿Lictores en esta casa?

¿Qué quereis?

EDIL. Triste misión

(Con lentitud y tristeza.)

me impone la ley severa.

SEP. ¿Qué dices?

EDIL. Lée y ¡valor!

(Le entrega unas tablas que lee Séptimo.)

SEP. ¿Lucrecia... por adulterio  
condenada?... ¡Maldición!

EDIL. La ley...

SEP. ¡La ley es infame (Con brio.)

si ese oprobio decretó,

lanzando sobre mis canas

estigma de deshonor!

EDIL. Mas Lucrecia...

SEP. Es inocente.

EDIL. ¿Qué pruebas...?

SEP. (Con brio.) Lo afirmo yo,

que he leído su inocencia

escrita en su corazón.

¡Salid!

EDIL. Sin ella, imposible;

y á todo resuelto estoy. LEG.11-1 n°0864

Perdóname.

SEP. ¿No hay remedio?

EDIL. Ninguno, y me pesa.

SEP.

¡Oh!

¿Puedes dejarme un momento  
á solas con mi hija?

EDIL.

No

me lo han prohibido.

SEP.

(Con resolución.)

Entonces

dejadme sin dilación.

Antes que la ley de Roma  
está la ley del honor.

EDIL.

¿Lucrecio!

SEP.

Dentro de poco (Sombrio).

venid por Lucrecia. Os doy  
palabra de que no hará  
resistencia. — ¡Idos!

LES.

¡Perdón!

(Arrojándose á los piés de Séptimo Lucrecio que no  
la mira.)

SEP.

Llevaos á esa mujer. (A los Lictores).

(Vanse por el foro el Edil y los Lictores con Lesbia.)

Ahora nos toca á los dos.

(Saca un puñal.)

## ESCENA XI.

**Séptimo Lucrecio;** después **Junio Bruto.**

SEP.

Es preciso acabar... Mas ¿por qué tiembla  
sobre mi hierro la crispada mano?

¿Lucrecia criminal! ¿Junio su amante?

¡El! ¡Un loco! ¡Imposible! y, sin embargo,  
decreto inícuo pregonó mi afrenta...

La ley castiga y su rigor acato.

De aquí saldrá Lucrecia entre Lictores;  
¡mas sobre ella este hierro irá clavado!

(Se dirige precipitadamente hácia la puerta de la derecha con ademán amenazador. Junio Bruto, que ha entrado por la ventana y oye el final del monólogo de Séptimo, le cierra el paso.)

BRU. ¡Detente! ¿Dónde vas?

SEP. (Rápido.) ¿Tú?... ¡Miserable!

¡El averno te pone ante mis pasos!

¡Tú, primero; luego, ella!

(Vá á herirle. Lúcio Junio Bruto se cruza de brazos.)

BRU. Estoy sin armas

y nunca te ofendí.

SEP. — ¡Tú has profanado  
el augusto recinto de Colacia!

BRU. Repetir la calumnia, infiere agravio.  
Yo amo á Lesbia.

SEP. ¡Has mentido!

BRU. Te perdono.

Loco y viejo: dos veces insensato.

SEP. ¡Esa injuria...! ¡Defiéndete!

(Le arroja á los piés una espada que coje de la panoplia.)

BRU. ¡Estás loco! (Con frialdad.)

SEP. ¡Pues prefieres morir asesinado,  
sea! (Le arremete y vá á herirle. Colatino aparece en la  
puerta del foro, seguido de Publio Valerio; y Lucrecia  
llega por la derecha, vestida de luto.)

COLA. ¡Padre, detente!

LUC. ¿Colatino!

COLA. ¿Qué ocurre?

(Se oye á lo lejos una campana de timbre grave, que toca  
lentamente.)

LUC. Sólo yo podré explicaros  
lo que ya anuncia en el sagrado pórtico,  
por orden mía, el toque de rebato.

COLA. ¡Habla!

ESCENA FINAL.

**Lucrecia, Colatino, Séptimo Lucrecio, Lucio Junio Bruto, Publio Valerio;** después el **Edil** y los **Lictores**.

(Lucrecia se quita el anillo nupcial y se lo entrega á Colatino.)

LUC. Tu casto lecho ¡oh, Colatino!

holló la planta impura de un extraño.

COLA. ¡Oprobio y maldición! ¿Qué es lo que dices?

(Con mucho brio.)

LUC. Óye y véngame luego.

COLA. ¡Sí!

LUC. ¡Acercaos! (A todos.)

No perdais ni una frase de esta historia  
y escribidla con sangre de tiranos.

(Todos la rodean con ansiedad.)

Bajo este honrado techo

halló hospitalidad un hombre osado,

que en nombre de mi esposo la pedia;

y, antes que despuntase el nuevo día,

oí desde mi lecho

el ruego vergonzoso del malvado.

¡Era Sexto Tarquino!

Al ver por mi desprecio y energía

que, al deshonor, la muerte prefería,

«Cede á mi amor,»—me dijo el libertino—

»que aún puede ser tu suerte

mucho más espantosa que la muerte.»

«Si mi ruego amoroso

»rechazas, sobre el lecho de tu esposo

»haré poner un siervo degollado  
 »y diré á Roma entera  
 »que fué de esa manera  
 »por infame adulterio castigado.»

¡El rubor de mi frente  
 os contará mi horrible desventura!

COLA. ¿Tú, sin honra, Lucrecia! (Con brio.)

LUC. ¡El alma es pura! (Con orgullo.)

Sólo mi cuerpo ha sido delincuente!

Honra no tengo. Compasión no imploro.

¡Jamás una mujer, si algo se aprecia,

para sobrevivir á su decoro

podrá invocar el nombre de Lucrecia!

COLA. ¡Venganza! (Gritando; á J. Bruto.)

BRU. ¡La tendrás!

LUC. ¿Quién al tirano

osará castigar?

BRU. Mi esfuerzo, unido

al esfuerzo del pueblo soberano.

(Empieza á oirse á lo lejos la música de un himno triunfal  
 y los gritos del pueblo que victorea á Tarquino al salir  
 del Anfiteatro.)

LUC. Escucha. Ese es un pueblo envilecido.

(Con amargura.)

¡Oye!... ¡Un himno triunfal! ¡La patria mia

embriagada de sangre, vá á la orgía,

proclamando la gloria del tirano!

Sangre á la hiena escita:

sangre el pueblo romano necesita.

(Cesa la música del himno.)

COLA. Y ¿qué pretendes?

LUC. En mi triste historia

escribir una página de gloria

que nunca olvide el pueblo degradado,

que con flores adorna sus cadenas:

¡abrid todas las puertas y á esas hienas  
arrojadlas mi cuerpo ensangrentado!

(Saca un puñal rápidamente y se le clava en el corazón. Todos lanzan un grito de horror. Séptimo Lucrecio y Publio Valerio sostienen á Lucrecia. Colatino cae desfallecido sobre el lecho, y Junio Bruto, tomando el puñal que le entregará Lucrecia, cuando lo indique el diálogo, se aleja del grupo principal, de manera que todas las figuras queden en la disposición que ocupan en el cuadro de Rosales).

COLA, ¡Lucrecia!

SEP. ¡Hija!

BRU.

¡Qué has hecho?

(Rápido.)

LUC.

Aquí... podía...

(Con voz entrecortada y señalando á su pecho donde ha quedado clavado el puñal.)

llevar... el germen de la tiranía...

¡El seno... impuro... desgarró... mi mano...

por si... encerraba,.. al hijo del tirano!

(A Lucio Junio Bruto, entregándole el puñal que se arranca de la herida.)

Tú... que no lloras... ¡Toma!

BRU. ¿Hierro y sangre me dás?

LUC. (Señalando á su pecho.) Hierro... homicida...

No olvides... que los lábios... de esta herida...

anuncian... ya, la libertad... de Roma...

(Coro fuera.)

## CORO. (1)

¡Viva el rey Tarquino,  
el austero juez

hermano de su pueblo,

*UVA escudo de la ley n°0864*

(1) La música del coro va impresa después de esta escena.

Venid á la orgía;  
brindemos por él.  
¡Feliz el pueblo  
que tiene tal rey!

(Lucrecia desfallece poco á poco; los demás expresan durante el coro, la emoción propia del caso y del carácter respectivo, procurando dar el mayor interés á este cuadro mudo.)

SEP. ¡Lucrecia!

COLA. ¡Esposa mia!

BRU. El cuerpo yerto (Con rudeza.)  
tan sólo necesita sepultura.

Apartaos de ahí. ¿No veis que ha muerto?

(A Colatino.)

Tus lágrimas enjuga, Colatino.

¡Brío se necesita; no amargura!

(Levantando el puñal hácia la estatua de los Lares, dice:)

Por esta noble sangre, antes tan pura,  
juro ¡oh dioses! sin tregua ni sosiego  
perseguir con el hierro y con el fuego  
y exterminar la raza de Tarquino!

(Llegan por el foro el Edil y los dos Lictores.)

EDIL. ¿Adonde está Lucrecia?

BRU. (Señalando hacia Lucrecia.) *Aquello* ha sido.

EDIL. ¿Ha muerto?

LUC. ¡Aun... no...! (Incorporándose con energía.)

¡De pié...! (Muere.)

BRU. Llevadla al Foro;

y, á ese Senado abyecto y corrompido  
que el clamor de los débiles desprecia  
y al pueblo criminal que lo ha sufrido,  
enseñará las leyes del decoro  
el sangriento *cadáver* de Lucrecia. 0864

EDIL. ¡Sangre?

BRU. ¡Si! Sangre y muerte; (Con energía.)

la afrenta, como paga del guerrero;  
en vez de un héroe, un déspota altanero;  
en vez de un pueblo victorioso y fuerte,  
una turba que ahuyenta el extranjero;  
y, en vez de Roma, estúpida ralea  
de siervos que con sangre se recrea.

COLA. ¡Libertad!

TODOS. ¡Libertad!

BRU. ¿La quieres, Roma?

Pues eso no se pide. ¡Eso... se toma! (Mucho brio.)

FIN DEL CUADRO TRÁGICO.

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

Vi - va el Rey Tar - qui - no el aus -

The first system of the musical score consists of two staves. The upper staff is a vocal line in treble clef with a key signature of two flats and a common time signature. It contains the lyrics "Vi - va el Rey Tar - qui - no el aus -". The lower staff is a piano accompaniment in bass clef, featuring a simple harmonic accompaniment with a few notes per measure.

te - ro Juez her - ma no de su

The second system of the musical score continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has the lyrics "te - ro Juez her - ma no de su". The piano accompaniment continues with a similar harmonic structure.

pue - blo es - cia vo de la ley ve -

The third system of the musical score concludes the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has the lyrics "pue - blo es - cia vo de la ley ve -". The piano accompaniment continues with a similar harmonic structure.

UVA BHSC. LEG.11-1 n°0864

rid á la or - gi - a brin

de - mos por el fe -

liz el pue - blo que

liz el pue - blo que

UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864

liz el pue - blo que

tie — ne tal Rey



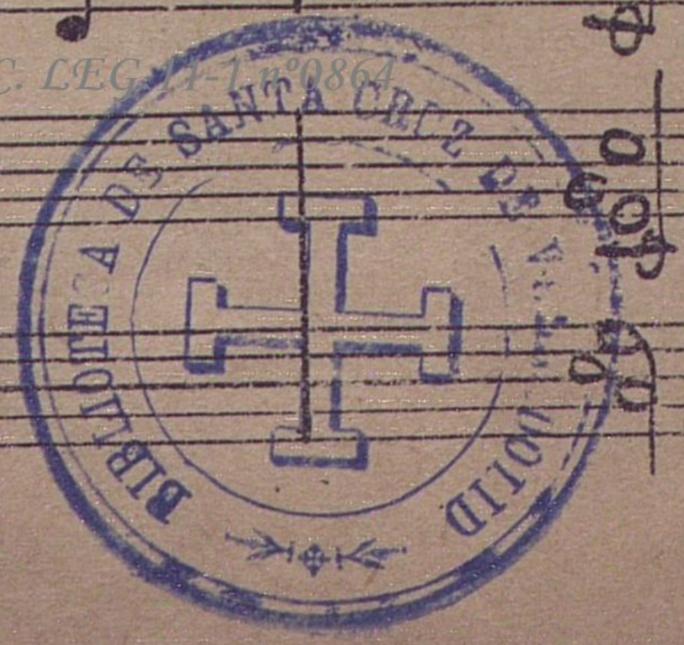
fe — liz el pue — blo que



tie — ne tal Rey



UVA. BHSC. LEG. 1-1. n° 0864



*UVA. BHSC. LEG. 11-1 n°0864*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0864*